

El totalitarismo no es irreversible

Por Ricardo GULLÓN

TRANSFORMACIÓN Y DUALIDAD

Las peores sospechas quedaron confirmadas cuando al despertar, una mañana, Gregorio Samsa se encontró convertido en gigantesca cucaracha cuya presencia perturba y asquea a cuantos la padecen. Ni los más próximos soportan la idea de esa cristalización en la animalidad rampante, pestífera. Antes que la muerte, destruirán al hombre-insecto la soledad y el asco de sus familiares.

Y lo que Kafka sabía y novelaba (en *La metamorfosis*) con cruda precisión, algunos científicos lo presumían y trataban de comunicarlo con otro léxico y desde diferente perspectiva. La dualidad de la persona es, por definición, un mal, una enfermedad cuya curación debía intentarse administrando los remedios adecuados, por heroicos y extremos que parecieran. Junto al pesimismo de la novela, el optimismo de la clínica. La ciencia podrá matar a la cucaracha, especialmente si el tratamiento se aplica cuando el inmundo animal empieza a dar señales de vida, antes que la posesión y la transformación sean totales.

Las iglesias tenían experiencias y ritos, reminiscencias mágicas, para liberar de la garra diabólica a las víctimas. Exorcismos de resultado incierto y, en última instancia, la hoguera. Si Juana de Arco persiste en oír voces sobrenaturales, el obispo Cauchon, para ensordecirla a los ecos perversos, la entregará a las llamas (y esa entrega será un acto de amor). El psiquiatra no llegará tan lejos, pero abocado a la escisión, a la emergencia de otro ser bajo la persona conocida, identificable, tomará partido, y con el tono y el rigor del infalible, dictaminará cuál es el verdadero y cuál el suplantador, quién tiene derecho a vivir y quién debe ser aplastado. Técnicas benévolas, la confesión en el diván, el consejo susurrado, serán punto de partida para la purgación; después vendrán las drogas, las terapéuticas de choque. Por la persuasión tal vez, por la química acaso, o, más rudamente, por la descarga desintegradora se intentará alejar y si es posible aniquilar al animal que engorda en nosotros, al parásito cuya proliferación aterra.

¿Justamente a ése? Averiguada la posibilidad de alterar los elementos constitutivos del ser y de acosar hasta silenciarle, si no pulverizarle, al doble que desde el espejo nos intimida, quedó demostrado que era posible manipular ese mismo ser y moldearlo según el deseo o la conveniencia del manipulador. El negocio y la política se beneficiaron de la situación, y el trasnochado concepto de la enseñanza como objetiva y neutral transmisión de saberes, fue sustituido por enérgicas y cada vez más sutiles técnicas de sugestión y convicción. El periodista y el comisario no son como ayer fueron: graduados de Universidad, donde cursaron psicología aplicada, se especializan en el método de transformación intensiva de una realidad en otra, comúnmente llamado ahora "lavado de cerebro". Sólo los rezagados o los sádicos acudirán todavía a la violencia: el hombre de Madison Avenue, elegante y cultivado, manejará a las víctimas desde dentro y utilizando los gentiles medios que la sociedad de masas pone a su disposición las vaciará y condicionará, dejándolas en disponibilidad de aceptar las ideas que desde fuera les serán instiladas para llenar el vacío.

Así, las oscuras premoniciones de Narciso, las presencias del doble, la sombra obsesionante o perdida, la presión del otro, las infinitas parábolas de la diversidad desembocaron fatalmente en la constatación de que si "el uno" podía ser suplantado por "el otro", o éste destruido por aquél, es porque ninguno de los dos, ninguno de los eventuales *yos* tenía verdadera consistencia; ninguno era esencia de un ser cuya sustancia se identificara con la vida que vivía, con el contenido de las horas; por lo tanto este contenido podía dejar de ser personal, en el sentido de deseado, pues los deseos y cuanto los produce podrían prefabricarse e insertarse luego en una voluntad huera, como al muñeco se adapta el resorte que le moverá y hará hablar según dicte la máquina.

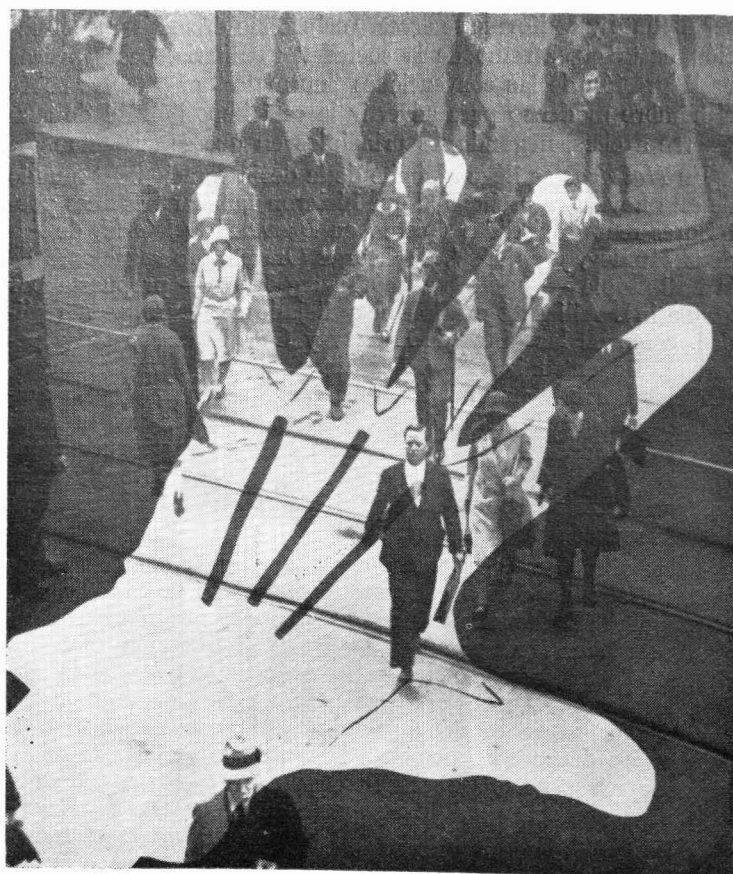
EL HOMBRE NUEVO

Gracias a una utilización intensiva de la retórica, a una combinación sagaz de magia y psicología, los expertos colmaron el vacío y pusieron en el lugar del "uno" y en el del "otro", en

el desierto de la personalidad inexistente, imágenes capaces de alucinar a quien, cuando se mire en el espejo ya sabrá reconocerse, viendo reflejado al vecino, al amigo, al indiferente del autobús, al taquillero del cinematógrafo. El otro y el uno, el prójimo, el cercano y el distante inexistiendo idéntica vida vicaria, admitiendo como razón de Estado al asesinato, como diosa a la prostituta, como verdad a la mentira, como justicia a su negación... Y sobre ese mar de falacias, sobre ese adormecedor vaivén de espejismos y distorsiones, pavesas de lo que fue o, más bien, de lo que pudo ser.

La conciencia de que "yo soy otro", y ese otro mera posibilidad, avivó la tentación de negar al ser humano, sometiéndolo a ruines designios. El poeta y el novelista, el sacerdote y el psiquiatra despejaron el camino para el negociante y el político. El nuevo villano es tan distinto del tradicional que algunos son incapaces de reconocerle: sonriente, bien parecido, de gentiles maneras, manosea las conciencias sin dejar huellas: no se oyen quejas, no salpica la sangre, no hay látigo ni silla eléctrica. El paciente, ni padece ni se queja; dulcemente anestesiado, espera que la revelación le haga participar en la verdad y en la vida. ¡Cuánto desprecio sonriente, cuánta negación del hombre como individuo, en el manipulador, mientras sugiere a la víctima lo que debe pensar —o comprar— y ésta ingiere dócilmente vitaminas ideológicas a través del televisor o el magazine!

En nombre de la sociología y de la moral, para el buen ajuste del ente social, "el otro" será destruido con "el uno", puesto que ninguno de ellos tiene genuina consistencia y casi ni existencia. Algún optimista, como Mary McCarthy, afirmará que "cada cual debe *hacer* su propio yo", y aún añadirá: "es absolutamente inútil buscarlo, pues no se le encontrará, mas en algún sentido es posible forjarlo. No quiero decir hacerlo como una máscara, al modo de Yeats, pero en definitiva uno trata de hacer y de escoger el yo que necesita". No hay, me parece, otra respuesta: es la de Cervantes y Kierkegaard, la de Hoffman y Dostoyevski, la de Henry James y Unamuno: la identidad sólo la consigue quien la desea; quien, teniendo conciencia de las sombras y las duplicaciones, se empeña en orientarse y "encontrarse". Y para encontrar un alma es preciso primero crearla con esfuerzo y vigilancia, engendrarla de uno mismo, entre caídas y sueños, imaginaciones y renunciamentos. ¿Quién,



"Exorcismos de resultado incierto"

sino el intelectual, propondrá el ejemplo de una realización personal? Frente al dirigismo basado en la negación de la personalidad, escoja cada cual, como dice Miss McCarthy, "el yo que necesita".

Una mente profética, el novelista ruso Eugenio Zamiatin, describió en *Nosotros* (1920) el hombre nuevo, el hombre que puede crear la sociedad contemporánea cuando, o junto con otras circunstancias, sobreviene una congelación de la crítica, la retirada del intelectual y el abandono de las posiciones desde donde se puede defender el derecho del hombre a ser según su exigencia íntima lo postula. La incitación a forjarse es la incitación a pensar, y quien la fomenta corre el riesgo de ser acusado y condenado como corruptor por el periodista y por el comisario. Si abandonando las variaciones sobre la desesperación, en cuyo ejercicio se complace porque le hace sentirse superior y diferente, el intelectual se decidiera a merecer esa acusación y a luchar por salvarse en la creación de un yo capaz de servicio y de verdad, quizá la sociedad de masas, la sociedad teleguiada, podría aún volver a ser una sociedad humana.

LA DESINTEGRACIÓN TOTALITARIA

Quien deja de comunicar, deja de ser. El hábito de refugiarse en el silencio parece complementario de la natural soledad de la creación, pero no lo es; la palabra que madura en el aislamiento sólo es eficaz cuando es escuchada, entendida y asimilada o repudiada en el diálogo. La palabra no dicha hace de la esfinge estatua, y el intelectual de nuestro tiempo vive en permanente riesgo de convertirse en piedra. ¿Sería esta pétrea inmovilidad el "otro" yo a que el orgullo le conduciría? En el pasado, el hombre intentó salvarse aceptando el martirio, buscando en la muerte una forma invulnerable, un ser irrevocable. Saulo hecho Pablo, Marianita Pineda en su celda, Miguel Servet subiendo a la hoguera llegaron a ser para siempre como antes habían sido en potencia. El mártir y el héroe se constituyen en el martirio y el heroísmo: el golpe de dados abolió (para ellos) el azar, y los fijó definitivamente en lo que son.

Nosotros, en cuanto lectura del porvenir en el presente que lo prefigura, es un ejercicio de lúcida y grave fuerza de convicción. Zamiatin fue el primero en mostrar el revés de la trama, en revelar la textura sobre la cual alguien bordaba el jeroglífico de la época, la exigencia de conformidad total y la supresión del individuo, a quien se niega hasta el derecho a ser desgraciado. Infelicidad equivale a desequilibrio, supone un desacuerdo con la sociedad, y es indirecta moción de censura contra ella. El pesimista condena, en su pesimismo, las esperanzas de la sociedad, y no debe sorprenderle que ésta contraataque tratándole como enemigo, como al profanador y envenenador de la euforia colectiva. Los rebeldes de Zamiatin son los últimos representantes de la voluntad personal, del individuo empeñado en ser distinto y conforme se desea. Incluso sin dramatizar la situación hasta el extremo de la sociedad totalitaria, basta pensar en la presión de las convenciones "normales" gravitantes sobre el hombre moderno para advertir la casi imposibilidad de sustraerse a ellas, negando los principios en que se sustentan.

En *Nosotros* se llega al límite de la desintegración. El mundo de esta novela es análogo al que hicieron familiares ficciones posteriores más difundidas (pienso en *Brave New World*, de Aldous Huxley, y en 1984, de George Orwell, prolongaciones de la anti-utopía —según la llamó Irving Howe— propuesta por Zamiatin). Allí está cruelmente reflejado el futuro, y la realidad, como en las obras de Huxley y Orwell, es espantosa pesadilla. La entronización del totalitarismo conduce fatalmente, por el desarrollo natural de las fuerzas que lo rigen, a la aniquilación del ser humano, del yo, incapaz de existir en un mundo de cristal, donde los edificios tienen paredes de vidrio porque no hay intimidad que recatar, ni convivencia que preservar; ni amor, ni amistad. La soledad se padece marchando en las filas de la muchedumbre uniformada.

La palabra "ser", en cuanto describe el vivir para sí, pierde sentido; el individuo se disuelve, literalmente se diluye, en la comunidad. El hombre carece de nombre: un número basta (como en Auschwitz, más tarde), y la significación simbólica del hecho es transparente. El protagonista de *Nosotros* es D-503, ingeniero constructor del *Integral*, avión, cohete o máquina destinado a la conquista del espacio; él mismo es quien redacta las notas o diario que componen la novela. En el acorde inicial se insinúa la clave de la melodía: "procuraré —dice— apuntar sólo las cosas que veo, las que pienso o, para ser más exacto, las cosas que *nosotros* pensamos. Sí; 'nosotros' es exactamente lo que quiero decir, y *Nosotros*, por lo tanto, será el título de estas notas". El ver, el pensar, el existir, en cualquier forma,

están condenados, y el lector asistirá estremecido y fascinado a la culminación del proceso destructivo que allí se refiere. Chaplin ha mostrado, con la plasticidad de la imagen cinematográfica, el acoso del hombre por la sociedad mecanizante, pero su incurable romanticismo le consentía imaginar como posible una soledad en que el vencido se alimentara de sueños. Zamiatin, implacable, hace vivir al personaje en un Estado Único donde tal refugio es impensable: una pequeña operación en el lóbulo frontal del cerebro curará al hombre de fantasías y suprimirá "el dolorido sentir".

La libertad de ser "uno" no tiene sentido en el Estado Único: se es "uno de...", uno en la masa indiferenciada e indiferente cuyas actividades se regulan con estricta rigidez, sometiéndola a tan cabal castración imaginativa que cuando a tres hombres-números se les somete a experimento, dejándoles un mes de libertad, incapaces de resistirla, se suicidan, tras reiterar durante varios días, inútilmente, los gestos rutinarios de sus ocupaciones habituales. Desconectados de la masa, no pueden soportar la amputación; como miembros separados del cuerpo a que pertenecen, se agitan algún tiempo simulando los movimientos de la costumbre y en seguida perecen.

Reglas minuciosas establecen en el nuevo Estado la seguridad del ciudadano, a quien las paredes de cristal harán sentir que vive en comunidad (además de facilitar la tarea de los encargados de velar por la felicidad colectiva). Si es imposible ver los pensamientos, pues los cráneos siguen siendo opacos, no lo es regularlos y afectar de múltiples maneras su curso, sometiéndolo el cerebro a incesante presión adoctrinadora. Soñar es acto individual, algo que se hace a solas; por lo tanto, enfermedad mental. Cuanto permita al yo tener iniciativa y vigencia es morboso o criminal, o ambas cosas a la vez.

LA ENFERMEDAD Y SU TERAPÉUTICA

D-503 se siente enfermo, y el mal es de los graves: una regresión a la dolencia individualista llamada amor. En el Estado Único, presidido por un omnisciente Bienhechor, cuanto se refiere al sexo está burocráticamente regulado: el médico prescribe en cada caso la frecuencia del intercambio y mediante registro en centros especializados obtiene cada número los boletos necesarios para legalizar la intimidad con un número del sexo contrario, a quien, para fines higiénicos, deberá inscribir al suyo. El amor es impensable, pues supondría un sentimiento, un compromiso interior con el yo que se niega y un cambio ilegal en la significación de la persona. Así lo advierte el protagonista al reconocer los primeros estímulos: "Temía quedarme solo conmigo mismo o, para ser más exacto, con aquel extraño nuevo yo que por alguna curiosa coincidencia tenía mi propio número, D-503". Otro personaje, el poeta R-13, ambiguo "enemigo del pueblo", según mostrarán acontecimientos ulteriores, recuerda humorísticamente al preocupado técnico las ventajas de la nivelación y de integrar en la masa —igualándolos— al cretino y al genio: "la integración desde el cero al infinito, desde los imbéciles hasta Shakespeare", eliminando de paso dudas y preguntas. La fiesta nacional del Estado conmemora el triunfo en la guerra de los Doscientos años; se celebra "la victoria de todos sobre uno, de la suma sobre el individuo". ¿Cómo podría consentirse la reviviscencia del uno en el amor, la nueva fulguración del tú y el yo en diálogos que fueron proscritos al entronizar el "nosotros"?

Con la enfermedad vuelven los signos reveladores: odio, celos, insomnio, inquietudes. Los capaces de amor también lo son de rebeldía, y la conspiración crece espontáneamente, condenada de antemano al fracaso. El nuevo "yo" del enamorado va teniendo de día mejor conciencia de su ser y de su situación: "Me convertí en una materia semejante al cristal y vi dentro de mí mismo. En mí había dos yos. Uno, el antiguo D-503, Número D-503, y el otro... Antes, este otro, de vez en cuando mostraba sus garras peludas, nada más; ahora todo él salía de su concha. Estaba rompiendo la cáscara, y en un momento..." El diálogo entre ambos "yos" continúa, y el creciente antagonismo, la paulatina toma de posesión o reconquista del antiguo "nosotros", del antiguo "parte de nosotros", por el ego personal del enamorado.

Ni siquiera falta la clásica escena de la confrontación en el espejo: "Tenía firme fe en mí; creía saberlo todo sobre mí, pero entonces... ¡Miré al espejo y, por primera vez en mi vida, sí, por primera vez en mi vida vi clara, precisa conscientemente y con sorpresa; me vi a mí mismo como 'otro'! Yo soy 'él'. Ceñudo, cejas negras, rectas; entre ellas, como una cicatriz, una arruga vertical (¿estaba allí esta arruga, antes?). Ojos gris-acero rodeados por la sombra de una noche sin sueño. Y detrás



"hará imposible la aparición del 'otro'"



"allí está cruelmente reflejado el futuro"

de este acero... Ya entiendo: nunca supe antes lo que había tras él. Desde allí (¡este 'allí' es muy pronto tan cercano y tan infinitamente distante!) me miro a mí mismo —al 'otro'. Y sé con seguridad que 'él', con sus cejas rectas es un extraño a quien encuentro por primera vez. El verdadero yo no es 'él'. Incluso en el acondicionado paraíso de la "utopía" futurista, la escena del reconocimiento ocurre como el primer día, cuando Narciso encontró en la fuente el extraño hermano que al verle se sorprendía.

Y de un paraíso se trata en la novela, de una reversión al momento precedente a la voluntad adánica de conocer, del retorno a lo indiferenciado. El poeta R-13 lo explica con irónica seriedad: "En el paraíso había dos personas y se las dio a escoger entre felicidad sin libertad o libertad sin felicidad. Sin términos medios. *Tertium non datur*. Ellos, los muy locos, escogieron la libertad". El Nuevo Estado, más sabio y más prudente, ha devuelto a los hombres la felicidad, rectificando el desafío de Adán, y D-503 vive apaciblemente su existencia mecánica hasta conocer al número femenino I-330, de quien se enamora. El amor le hace olvidar que ella como él son cifras en la suma total y no seres autónomos, semejantes a los del abolido ayer. Descubrir bajo el mecanismo de la unidad el latido de un "yo" extraño que pudiera ser él mismo, le trastorna, y otro sentimiento caduco, la angustia, le acosa, obligándole a preguntarse, como tantos atormentados se preguntaron en otros tiempos: ¿Quién soy yo? ¿Si al menos supiera quién es "el otro"!

El amor brujo suscita la aparición del yo sumergido, y por el amor y el odio el protagonista de *Nosotros* empieza a vivir la vida anacrónica del individuo. ¡Qué atraso! y, algunos dirían, ¡qué regresión! Los celos, la sensación de ser compartido y de compartir la mujer con otros, la anticuada idea del engaño, llevarán a D-503 a las fronteras del delirio, y allí el ser colectivo, el ser como parte de la totalidad reaccionará y destruirá al yo que insidiosamente había llegado a poseerle. Por celos delatará la conspiración de los insumisos y, operado voluntariamente para eliminar del cerebro cualquier veleidad individualista, asiste como espectador curioso, indiferente, a la tortura de la amada y de los amigos a quienes denunció.

En el mundo de mañana, el vacío hará imposible la aparición del "otro". Si no hay yo, tampoco podrá haber reflejo suyo. La abdicación de la personalidad en manos de conductistas y vigilantes; la entrega total al omnisciente y todopoderoso, convertirá en realidad el "nosotros", la uniformidad en el hueso, la coincidencia en la nada de la automatización y la mecánica. ¿Novela? ¿Imaginación? ¿Utopía o utopía-al-revés? "El Führer nunca nos dejará caer en manos de los rusos. Antes, *nos* gaseará", decía la refugiada de Königsberg en enero de 1945 (H. Arendt: *Eichmann in Jerusalem*, p. 98). Las presiones de la sociedad contemporánea y las técnicas puestas en juego para acelerar la transformación permitirán extraer al ser humano su sustancia y sustituir el alma por un engranaje de estímulos y respuestas igual al que hará funcionar los organismos de quienes fueron sus semejantes y en lo sucesivo serán sus idénticos, anónimas partículas de un organismo colectivo, sin corazón y sin cerebro.

Aunque tal sea la desolada conclusión literal de *Nosotros* (más blanda en la versión de Huxley, más truculenta en la de Orwell), dados los términos en que Zamiatin plantea el problema tal vez es lícita una módica dosis de esperanza. El regimiento, el pulverizado ingeniero, y hasta los instrumentos del Bienhechor pueden ceder, y ceden, contra toda presión y previsión, a la vida ilógica del sentimiento, a la atracción de la naturaleza, pájaro y rama, en la proliferación de que la ciudad se defiende rodeándose de una muralla de cristal. Los habitantes del Estado Único sentirán alguna vez la tentación de vivir, la magia del mundo indisciplinado, la atracción del caos, y por caminos soterrados y oscuros, querrán salir a la otra luz. Y si la encuentran es porque un anhelo instintivo las impulsa hacia ella. Una muchacha, violando las leyes sobre fecundación y reproducción, quiere ser madre, y lo es. Para evitar su condena y ejecución, los rebeldes la guían al mundo indisciplinado y salvaje, más allá de la muralla, donde puede sentirse grávida y dar a luz el hijo. Éste, engendrado por D-503, vivirá en un lugar diferente, "primitivo", donde la existencia es todavía insegura y personal y el sufrimiento posible; en un mundo donde crecerá el árbol y rondará la serpiente para incitar al Adán de mañana a preferir la libertad en el peligro, la personalidad en la tiniebla. La lección es, en última instancia, una lección de optimismo. Bajo lo escrito, en la filigrana del papel inscribió Zamiatin esta consoladora profecía: el totalitarismo no es irreversible.